

V

En árida llanura amarilla, cercada por un anfiteatro de montañuelas calvas y telarañosas, iba atardeciendo muy despacio. Crepúsculo interminable; del cielo cárdeno parecía descender lluvia de ceniza sutil; y el sol, que detrás de los cerros se ponía, era un globo sin calor, medio apagado, enorme, una pupila de ciclope agonizante.

Tan doliente paisaje ofrecía los tonos secos, mitigados y polvorientos de los antiguos tapices, y las figuras que sobre el paisaje comenzaron á desfilar en caricaturesca procesión, de tapiz eran también: de tapiz, ó de orla de códice cuatrocentista. El cuadro se contaba en el número de

los espantos que el arte ha querido agregar á los espantos de la naturaleza.

La primer figura que desfiló era la del anciano casi divino: un varón de consumida faz; sobre su becoquín de terciopelo guinda, la tiara de oro escalona tres pisos coronados. El esqueleto, roto y desharrapado por el vientre, que le guía, lleva á cuestas, sobre sus huesos mondos, un féretro. El viejo augusto alza la mano para bendecir y excomulgar... El esqueleto le agarra de un brazo, y, tropezando en sus luengas vestiduras pontificales, se deja llevar el Papa al baile siniestro. ¡Danzad, Padre Santo!

Al Emperador no ha sido necesario asirle. Es sin duda Carlomagno, el héroe, y desdeña el temor. Marcha recto y majestuoso, arrastrando sus púrpuras y sus armiños, y en la potente diestra, como relámpago de acero, reluce el espadón de justicia, mientras en la izquierda descansa una esfera de zafir, que es el mundo. El confianzudo esqueleto no respeta los atributos del supremo poder; con gesto persuasivo enseña al excelso la inevitable ruta. ¡Danzad, seor Imperante!

Tremulo, moroso, el Cardenal vuelve la cara; y el esqueleto se burla, con risa sardónica, del miedo del purpurado. Al acercarse al Rey para recordarle que es llegada la hora de danzar, el esqueleto se hace moralista, señala al cielo, y arranca el áureo cetro de las manos que lo empuñan. ¡Oh, y qué lindo sermón el que le suelta al Patriarca, que lo escucha mohino y cabizbajo, sin dejarse convencer de que es preciso abandonar el báculo, de que no le valen ni sus vestiduras violeta ni su mitra, donde grupos de gemas complican el prolijo y pueril diseño bizantino!—Cuando se acerca al veterano Condestable, armado de punta en blanco y apoyado en su montante de guerra, el esqueleto heroico blande su guadaña oscura, como si dijese: “Arma contra arma... veremos de quién es la victoria.”

Para el jactancioso hidalgo, de emplumado birrete, no ha menester el esqueleto ejercitar violencia alguna. Le lleva engañado con razones, con palabras capciosas y elogiosas; le aturde con argucias, le envuelve en fúnebre charla, y, algo receloso, convencido, sin em-

bargo, el hidalgo levanta el pie para comenzar el paso de baile. Al asir al Abad de la manga del hábito, el esqueleto no puede reprimir la bufonesca alegría: dance el gordo, dance el orondo, dance el lucio, el del rollizo pestorejo! Y el esqueleto agita sus canillas, muestra el costillar, donde cuelgan arambeles andrajosos de momificada piel.—Más ligera, más mofadora es la actitud adoptada con el digno Preboste, y es desenfadada de júbilo la que toma al armarse de una pala de enterrador y prender, saltando al fraile teólogo, que en vano se defiende con silogismos, sorites y entimemas.

No le vale al médico enarbolar su redoma de jarope y hacerse el distraído, mirándola al trasluz; no le vale al astrólogo embebecerse observando el firmamento; no le vale al canónigo resguardarse con su libro de horas; no le sirve al escudero acariciar al gerifalte que lleva gallardamente enhiesto en el puño. A decir verdad, todos procuran no enterarse de que les llaman á la danza obligatoria: el mercader contempla su bolsón, el cartujo finge absorberse en la lectura ascética, el sargento titubea y des-

cribe eses de puro borracho, el músico acaricia su tiorba, el abogado se enfrasca en un legajo, el mancebo galán sonríe á una rosa, respirando su perfume lánguidamente; el labriego muestra su azadón, como diciendo: "No puedo menos de ir á cavar la tierra"; el carcelero repica sus llaves, el ermitaño pasa las cuentas de su rosario reverendo... ¡Bah! El esqueleto no se preocupa de tales nimiedades. Su astucia adivina el objeto de las aparentes distracciones. Quizás, viéndoles tan embelesados, pase de largo el terrible bastonero de la Danza general... Sí, ¡pasar él! Les llama, les da escueta orden, les agarra de un brazo con rápido arranque. Hasta le veo acercarse á una cuna y coger de la manita á un pequeñín que, soltando cristalino hilo de baba, y repicando por última vez el sonajero, se aduerme en los brazos secos, sin carne, contra la caja torácica que no encierra corazón...

No dejará el esqueleto sin pareja á sus danzarines. Antes de dar la señal del baile, llegan las damas invitadas (invitadas sin excusa). Para traerlas al sarao, el esqueleto redobla las

cortesías irónicas, las sardescas galanterías, las actitudes bufonescas, las postraciones á lo Mefisto.

Ante la Reina, que va á entrar en danza con su diadema de florones y su veste orlada del armiño immaculado, se rinde cortesano, mientras toma su brazo como el que, respetando, apremia. Á la duquesa pálida, que se recoge elegantemente el sobrefaldellín de velludo, la rodea el cuello con enamoramiento, casi la abraza, con fúnebre y hediondo abrazo de sepulturero melífluo. Ante la orgullosa fidalga se arrodilla, tratando de estrechar su mano pulida, aristocrática. Á la Abadesa la descarga del peso del báculo, estorbo para danzar... Á la repolluda priora la empuja por los hombros, suavemente. Ante la gentil damisela hace un contrapás, llevando el compás de los brincos con la pala de enterrador. Á la daífa galante la echa al cuello el sudario como si fuese un chal. Á la nodriza la ordena con risueña mueca de mandíbulas cubrirse el seno y soltar al crío; ¡lo primero, el baile! Á la moza de cántaro la estruja la cintura, la da un pellizco con dedos óseos,

¡y á remangar las haldas y á danzar! Y cuando la gentil recién casada, ó la casta virgen, se estremecen notando que el aire se vuelve oscuro y que un soplo glacial ha rozado sus mejillas en flor—el esqueleto, aplicando la mano sobre la caja del esternón, en el sitio donde el corazón pudo latir un día, les hace tiernas declaraciones, susurrando en el tono del viento cuando solloza y estridula en las ramas de los sauces elegías amorosas, layos de pasión ultraterrestre...

Y, en el árida llanura, amarillenta, cercada por el anfiteatro de montañas calvas y telarañosas, á la luz del sol que se pone detrás de los cerros, medio apagado, el baile comienza, al pronto pausado y solemne, sin más música que el choque de los huesos marfileños, pelados y limpios, del esqueleto que dirige la danza general de la Muerte, tal cual se ve en los Códices góticos. Danzan reyes con pastoras, monjas con guerreros, emperadores con labriegas, fidalgas con arzobispos. Lo que el amor no ha podido nivelar ni reunir en vida, lo nivela la Seca, la omnipotente, con su gesto coreográfico. Las in-

vitaciones al baile han sido de base amplísima; no habrá piques; no se queda en casa nadie, mientras el baile se forma, apresura su ritmo y repicotea sus airosos puntos. Cogidos de la mano, empujados por la sobrehumana ley, contra la cual no vale resistencia, alzando los pies juveniles ó gotosos, meneando los troncos flacos ó tripones, castañeteando los dedos rígidos, retorciéndose como debían de retorcerse los *Ardientes*, en su ronda de martirio y locura, la multitud baila, baila, siguiendo al esqueleto que marca el compás y guía hacia el profundo agujero ó sima abierto en mitad de la llanura, donde las parejas, alzando todavía la pierna para un trenzado, caen precipitadas. El corro, sin embargo, no se estrecha: nuevas parejas reemplazan á las que la sima tragó; y suben el pie más aprisa, y contonean la cintura más salerosamente y agitan los brazos y encogen y estiran los dedos, con el trajín peculiar de los agonizantes al rechazar las sábanas y mantas que los cubren. Las caras son del color de la cera; pero, á veces, un reflejo del expirante sol, que no acaba de ponerse, las aviva con un to-

que rojizo. Vestiduras de púrpura, sayos de piel de carnero, sayotes de bayeta, briales de seda joyante, pingajos de mendigo, se rozan, se confunden en el remolino vertiginoso de la danza general. ¿Dónde están las preocupaciones de clase, las severas prescripciones de la etiqueta? ¿Dónde el imán de la pasión, que hace que dos manos se busquen entre cientos de manos, en una cadena de baile? ¿Dónde el odio, que separa más que altas paredes y millares de lenguas? ¿Dónde todo lo que los humanos han creado para entretener el ignoto plazo de tiempo que les concede la Guadañadora, y para olvidar, entre estrépito, farsa, mentira y vanidad, la *verdad única*?

Una risa silenciosa dilatava mis labios viendo realizado el ideal de fraternidad é igualdad de tan perfecto modo. Nadie se acordaba, entre los danzantes, de lo que *había sido* durante el tiempo, siempre breve, otorgado por el esqueleto á la ficción vital, á la tramoya humana. Ó por mejor decir, ahora que el inexorable acreedor presentaba su cuenta, todos sabían que no *habían sido* nada, nada, nada, más que

puñados de polvo amasados por un alfarero en esta ó aquella forma; polvo cuajado en barro quebradizo. Al romperse, sus tiestos y tejuelos se estrechaban, cual confundidos en inútil montón se hermanan los restos en el muladar, antes de ser barridos con enfado y desprecio.

La ronda, no obstante, me parece, no sé por qué, escenografía, algo artístico, versificado, pintado, tejido, sin realidad inmediata. Esto, pienso yo, es cosa sugerida por la Edad Media, que, como nadie ignora, fué un período triste, renegador de la vida, amigo de la muerte... ¡Bah! ¡Pchl... La tal ronda es un baile viejo; ni más ni menos que la "danza macabra" del poeta judío amigo de don Pedro *el Cruel*; en suma: literatura y teología... ¡En nuestros tiempos hemos reemplazado la danza macabra por la danza griega de las ninfas y faunos, ronda jocunda, símbolo de la alegría de vivir! Anticuada está la procesión de la Seca...

Y en el mismo punto en que se me ocurre tal observación, que revela mi cultura y mi sentido moderno, el corro de baile, girante por la grisácea llanura, alzando una polvareda,

que es menuda, sutilísima ceniza de corazones, — se ensancha para dar paso á nuevas parejas.—Ya no visten éstas ni púrpuras ni terciopelos cortados; ya no cubren sus cabezas tocas ni birretes. Llevan el mismo traje que yo, las propias vestiduras que Camila y que Trini; su ropa la han confeccionado sastres y modistas, sus manos calzan el guante actual. Pero sus caras son también céreas, y en sus mejillas, el sol lánguido difunde el mismo resplandor de hoguera que expira. Y á esa gente nueva que se mete en danza, ¡yo la conozco! Son amigos que desaparecieron, son figuras medio borradas ya de mi recuerdo, que ahora se alzan con el mismo relieve que tenían en vida, cual si me hablasen, cual si acabasen de estrecharme la mano con la suya actualmente helada. Á unos les he querido y servido; á otros les he criticado, les he detestado algunas horas de mi existir; á aquél, yo le admiraba, le envidiaba en secreto; al otro, le he llamado imbécil, cretino, en círculos intelectuales... Y aquel que pasa fué mi rival unos meses, y por él me engañó y mintió y traicionó aque-

lla que alza la pierna bonita, á la señal perentoria dada por el esqueleto con su pala de enterrador... Pasan, pasan, pasa mi existir, resumido, como el de todos los mortales, en unas cuantas fisonomías de semejantes míos, que me hicieron bien ó mal, que me inquietaron con el enigma de su espíritu ó de su destino. ¡Y he aquí la clave del enigma de ellos y del enigma de los demás y del mío, he aquí la clave!... ¡La clave del enigma humano... La danza general de la Muerte!...

¡Dios me asista! ¿Me engaño? ¡No! Ahí salen también á danzar los propios, los de mi sangre, los que siento en mí todavía... Danza mi pobre padre, el soñador, con su cabellera romántica al viento; y, arrebatada mal de su grado, danza mi majestuosa madre, resistiendo, apretados los labios y crispada la mano que magullaron las falanges del esqueleto tiránico. ¡Y aparece también la figura más familiar! Camila, la propia Camila, señora distinguidísima, con su original y celebrado traje de terciopelo muselina verde almendra (me enseñó ella este recitado) y su sombrero parisiense de

plumaje llorón, entra en danza sirviéndola de pareja un pobre diablo, uno de esos famélicos que se sitúan, astroso el traje y entreabiertas las botas, en las esquinas, al anochecer, para susurrar pedigüeñerías... ¡Oh entonada, oh correcta Camila! ¡Si así creyeses que has de danzar, más pronto danzarías, porque habrías de morirte de repente, de susto y escándalo! ¿Hola? Detrás de Camila veo á Trini, agarrada á un vejancón que parece un sapo de pie... Y Trini danza, danza, sin preocuparse de su pareja: en este baile no se elige; es la promiscuidad de los antiguos ritos, de los cultos á las diosas sin freno. También la Seca,—como su derrotada adversaria, la Lozana, la Mentirosa—goza en producir nefandos contubernios, aproximaciones imposibles, himeneos monstruosos, contrastes goyescos...

Quiero gritar, y la voz se me apaga. Acaba de salir á danzar una pareja nueva,... ¡Rital! ¡Rital! y de la mano de su niño; de la mano de Rafaelín!

Para bailar con su nene se ve obligada á bajarse. Sus cabellos de tinieblas, flotando, hacen

resaltar la blancura sepulcral de su cara exangüe y delicadísima. El niño, tan rosado, ahora tiene carrillos de azucena... Y los dos, arrastrados por el torbellino, fascinados por la mueca sardónica de la Guadañadora, brincan, se contorsionan epilépticos, y corren desbocados hacia la sima central.

Movido de horrible curiosidad, me acerco á la boca del pozo del abismo. Allá en el fondo, —si hay fondo;— á profundidad incalculable, creo distinguir otro resplandor semejante al del sol enfermo y exánime que alumbraba la llanura gris... Es algo confusamente rojizo, que se inflama y se extingue; es el ojo de carbunco de un dragón que parpadea... ¡Fuego...! ¡Fuego...! ¡Hay fuego en la sima!

.....
La voz de Marichu, ronca de susto:

—¡Señorito! ¡Señorito! ¡Venga! ¡La señorita se muere!

Y el médico y yo, despertados á un tiempo, él del feliz sueño de la buena digestión, yo del devaneo de mi fantasía volando con alas de murciélago,—nos precipitamos hacia la alcoba.

VI

El doctor me lleva á un rincón, secreteando.

—Esto se acaba. La fatiga y el ansia que siente es que va á repetirle la hemotisis. Y en ella, no respondo de que...

En vez de alarmarme, aprobé tranquilo. Era lo que tenía que suceder; ¡si lo sabría yo! Como que acababa de verlo... Acababa de asistir anticipadamente al momento que iba á transcurrir ahora: los pasos de la Seca tal vez resonaban en la calle, en la escalera tal vez. De todos modos, no tardaría en presentarse. Eran inútiles llaves y cerrojos para oponerse á su paso; y el doctor, con sus recetas y sus pociones, estaba soberanamente en ridículo,—fuerza es reconocerlo.

—¡Rita, niña!—silabeé á su oído, cubriéndola de caricias, que ella ni advirtió.

—Ácela usted por la espalda... Á ver si se atenúa la fatiga...

La incorporamos. Me miró como suplicándome que la aliviase.

—¿Qué sientes?

—Lo... de... antes... Sabor á hierro... aquí... aquí...

Señaló hacia la laringe... Y al hacerlo, la ola avanzó, las venas del mísero cuerpo se vaciaron, entre las angustias y los afares postrimeros. La cabeza recayó en las almohadas. Sequé, limpié los labios manchados, enjuagué la frente cubierta de glacial sudor. Ella entreabrió los ojos, y en voz de soplo, espaciando, murmuró:

—Me voy... Acordarse... El niño...

Un sutil estremecimiento la recorrió toda. Se inclinó su faz un poco hacia el pecho. Los ojos quedaron abiertos, cuajados, fríos; los labios, remangados, descubrieron los dientes. La nariz se afiló de súbito. La sonrisa, vaga, era de paz, de serenidad infinita; no protestaba, ni se quejaba, ni temía al más allá; en los labios flotaba

la certeza del perdón. Y la contemplé, y las visiones calenturientas se apoderaron de mí otra vez: veía la Danza, el esqueleto-guía... Por las ventanas de la sala penetraba la claridad polar de un amanecer de invierno matritense.

—Volveré dentro de un par de horas, Mari-chu. No la abandones.

Salí con el doctor, que exclamaba "¡Hielal qué gris sopla!" no sabiendo qué decirme, en la duda de lo que significaba para mí aquella muerte; en la hipótesis de cuáles podían ser los lazos que me unían á la difunta. Y como yo no le hiciese el dúo en su tiritón intencional, se creyó en el caso de decir generalidades.

—Son momentos muy tristes... Era previsto... Dado el giro del padecimiento... Sin embargo, si no sobreviene esta última hemorragia...

Contesto con signos ambiguos, con enarcamientos de cejas de esos que á nada comprometen, y á la puerta ya del médico, saco mi cartera:

—Por no molestar á usted otra vez... si quisiese que liquidásemos ahora mismo nuestra cuentecilla... los honorarios...?

No hice caso de una protesta de desprendimiento hidalgo, de esas que en situaciones análogas tiene todo español, y le metí en la mano billetes. El apretón de despedida fué vehemente. Quizás representaba mi dinero el desahogo, el bienestar de un mes en el modesto hogar.

—Falta aún... Usted perdone... Me hará el favor de llenar las fórmulas, ¿no es eso?...

Sí, él llenaría las fórmulas... partes, aviso á la funeraria, y todo lo que se ha menester... Y yo seguí á mi casa.—Me empujaba á ella, con tal prisa, la tiranía más poderosa y exigente de cuantas sufre el hombre de nuestro siglo: la tiranía del aseo. Para mí, como para tantos contemporáneos míos, el hábito del aseo ha llegado á convertirse en nimia obsesión. Las uñas sucias, los dientes sin enjuagar con elixir y sin frotar con pasta, el pelo sin cepillar, un borde dudoso, gris, en los puños de la camisa, bastan para hacerme desgraciado. Á pesar de mi devoción extraña á Rita Quiñones, su menaje no me tranquilizaba poco ni mucho, y la fúnebre noche había impreso huellas en mi ropa

y en mi piel. Sentía ese hormigueo, esa desazón física y esa especie de disminución moral que produce la certeza de no estar puro, nítido, fresco.

Con deleite de romano de la decadencia entré una hora después en un baño donde acababa de esparcir puñados de espuma de jabón y un frasco de Colonia fina. Al flotar en el agua tibia y aromosa, las visiones de cementerio me parecían tan difumadas y desvaídas como un fresco de sacristía deteriorado por la humedad, y la desaparición de Rita, algo sucedido hacía muchos años y en un país distante. La fricción con el guante seco, activando mi circulación, acreció mi bienestar material; un chocolate ligero, á la francesa, en taza elegante, flanqueado de *brioche*, mantequilla y tostadas, absorbido al lado de la chimenea crepitante, metido mi cuerpo en ropón de franela caliente y mis pies en zapatillas confortables y airosas—las zapatillas fondonas, achancletadas, no las puedo aguantar, me ponen en ridículo] ante mí mismo—preparó sabiamente mi estómago, sin cargarlo. Tadeo, el ayuda de cámara, solícito, me

vistió con ropas bien cortadas y de estación, y al darme los guantes, interrogó:

—¿Almorzará el señorito en casa? Porque la señorita Camila siempre me pregunta...

—No sé... Es probable que sí.

Volví á la casa mortuoria. Desde que pisé el portal me asaltó una idea, que en el primer momento me parecía singular, aunque después me haya enojado con los que singular la encontraron también. Y esta idea era que ya tengo familia; que *tengo un hijo* y que debo desear verle, besarle. ¿Cómo no lo hice ya á la madrugada, al rendir su madre el último suspiro?

Llamé. Marichu, que me abrió, traía los ojos hinchados, el pelo revuelto, el aliento impuro, de desvelo y fatiga.

—Es preciso — pensé — instalar á *mi niño* como corresponde. Le educaré, le cuidaré maravillosamente.

Y planes britanizados, todo un programa serio, pedagógico, á la moderna, se formuló en mi mente mientras cruzaba el angosto pasillo cubierto de estera vieja y forrado de papel

color manteca imitando los nudos y vetas de la madera de pino. Era la engañifa de la vida que volvía á apoderarse de mí con sus seducciones, su persuasión fascinadora de que hay cosas que urge, que importa hacer, y á las cuales debe consagrarse todo nuestro esfuerzo, sin vacilación y sin descanso... La engañifa me hizo tanto provecho como el baño y el chocolate, y entré en la alcoba mortuoria casi alegre, con la viril alegría de la acción.

La valerosa Marichu había arreglado y mudado la cama, lavado y vestido á la muerta con su mejor traje, de negro paño. Había cruzado sus manos, clausurado sus ojos de sombra, cuajados ya y mates como azabache sin bruñir, recogido con la modestia de los supremos instantes la cabellera indómita, de rebeldes mechones. La chica bascongada tenía, ciertamente, el sentimiento de lo conveniente en determinados casos. Me acerqué, miré á Rita—si es que era Rita el tronco inerte que yacía sobre el lecho,— y me quedé absorto por el encanto de filtro letal que se desprendía de la

contemplación. Sin duda quedaba mucho de alma en el cadáver. ¿No era el alma lo que bañaba con irradiaciones de paz y misterio la cara inmóvil? ¿No era el alma lo que se aletargaba tan calmamente, lo que imprimía majestad á la frente clara, como retocada de luz? A la boca sonriente de un modo imperceptible, ¿no se asomaba el alma, á falta del aliento? ¿No había alma en las cruzadas manos casi transparentes, entre las cuales Marichu, no poseyendo un crucifijo, había deslizado una humilde estampa del flamígero Corazón? ¿Podrá ser sólo la materia la que sugiere tanta emoción dramática en presencia de estos despojos? Miro hacia el fondo de la alcoba, buscando en las umbrías de los rincones al Ser que ha de contestarme, al Ser que disipe mis incertidumbres. En el silencio flota algo sagrado... Tal vez está ahí la Seca... Y de seguro es ella, la Omnipotente, quien me responde, entre castañeteos de mandíbula desencajada y chirridos de goznes herrumbrosos:

— Majadero: lo que te impresiona, ni es la materia, ni es el alma. Es la forma, la forma

engañosa, algo lineal y superficial, que sobrevive á la vida.

— Date aceite á las clavijas de esos huesos — replico irritado, despreciativo y con jactancia colérica, — para que no chirrien así. Tú debes ser callada, reservada, correcta, discreta. No me gustarás ¿has entendido? hasta que adoptes los modales de la mejor sociedad.

Y creo oír una carcajada sofocada, sorda, como si *ella* se desparramase de risa dentro de la oquedad de un nicho. ¡*Ella!* ¿Por qué llamarle así? *Ella* es la mujer; *ella* es la que simboliza la humareda azul del hogar, garantía de la supervivencia en la familia; sólo á la amada se aplica el dulce pronombre demostrativo...

¡No quiero que me atraigas, no quiero ser tuyo, esqueletada coqueta! Hay otro atractivo que vence, y, de fijo, vencerá siempre al de la Segadora. El niño pisará la cabeza de la muerte... Y en mi memoria, en ese caprichoso terreno donde brota lo que menos esperamos, salta una copla del sentencioso secretario de don Juan II, y se me viene á los labios:

Como toda criatura
de muerte tome siniestro,
aquel buen Dios y maestro
proveyó por tal figura
que los daños que natura
de la tal muerte tomase,
luxuria los reparase
con nueva progenitura...

— ¡Marichu! — grité. — ¿El niño, está despierto?

— Sí, señor.

— ¿Vestido? ¿Limpio?

— No, señor... No pude... Con atender... — y señaló al lecho funerario.

— ¿Se ha desayunado?

— Un poco de leche le di...

— ¿Sabe?...

— Inocente, ¿qué quiere que sepa? Algo se malicia ya... Tan listo...

— Arréglale muy bien, y avísame.

Mi ilusión de partenidad no quería yo perderla con una impresión que sublevase mis sentidos desde el primer momento. Como los sultanes de la Biblia que hacen lavarse, macearse en aromas, revestirse de los mejores ador-

nos á las que van á compartir su tálamo imperial — cultivando, sabiamente, la mentira subjetiva, fuente de toda ventura, — yo hubiese deseado al chico trajeado de terciopelos y guipures, saltante de planchados, exhalando olor á Rimmel y á ropa nueva, inglesa, cara. Soy un refinado exigente, lo cual me vale sufrimiento y decepción continua. Quisiera que el sentimiento, ó al menos la sensualidad, tuviesen el poder de abolir esta exasperación de mi delicadeza; y jamás la han tenido. En horas de delirio, ó que para ser algo deben ser de delirio, mis sentidos lúcidos, vigilantes, severos, me vedaron el transporte y el anonadamiento que se parece á la muerte, y sólo por este parecido me hechizaría. He advertido todo, todo, todo; la basta calidad de un encaje, el corte desairado de un zapato, el principio de fatiga de un corsé, la imperceptible empañadura de una tez imperfectamente purificada, el vaho de un estómago nutrido de groserías... Y esas ofensas al refinamiento me han producido rencor, como si el ofendido fuese yo mismo, directamente; y el rencor me ha marchitado las

flores de poesía en los labios y en el espíritu. ¿No me decía el año pasado la pobre Catalinita (por señas, una amiga de mi hermana), no me decía, repito, en son de despedida, en ocasión crítica y que otro llamaría solemne: —«Eres un desagradecido. Te vas furioso contra mí..?»

Si, furioso quedo yo cuando alguien me devasta por dentro, me disminuye la poesía, me roba mi sueño y mi pasajero entusiasmo... Marichu: pon cuidado, pon cuidado en cómo arreglas al niño, que en este momento es el asa á que me agarro para no caerme de mi propia altura imaginaria. ¡Oh arcangelito Rafael: haz el milagro de llenarme este abismo que hay en mí; llénamelo con tu monería celeste, con tu mohín murillesco, con tus carnezuelas amasadas de mantequilla y hojas de rosa, con tu mirar donde aún no se ha reflejado la negrura humana! Enamórame de ti, de tu cuerpo santo, sin contaminar, de tu pensamiento impoluto, de tus manos sin fuerza, de tus pies corretones... ¡Hazme padre, sin que yo tenga que rendirme al yugo de una Trini, de una mujer prác-

tica, positiva, bien equilibrada, que lleve cuentas y saque brillo á mi capital! Hazme padre, que es lo que anhelo secretamente, porque ser padre es arraigar en la vida. Mira que estoy rendido de tanto aspirar á la paz de la Sima obscura... y que, para decir toda la verdad, la Sima es aterradora... ¡Y sí he visto bien, sí; allá en el fondo tiene fuego...!

—Aquí viene, señor: el huerfanito le traigo...

Cierro aprisa la vidriera de la alcoba, donde yace la madre, y me arrojo hacia el mocoso, le levanto en brazos y le devoro á besos. Él se ríe, se defiende y me pega puñetazos en los ojos, chillando: "Bapar, malo, Bapar..."

—No me llamo Bapar. Me llamo *papá*.

Marichu abre unas pupilas sosas, como dos bolas barnizadas... ¡Se lo sospechaba! ¡No era huerfanito el nene! Padre tenía, sólo que los miramientos y las razones... el mundo, el mundo...

—Yo corro con todo, Marichu. Quizás nos mudemos, antes de la semana que viene, á otra casa. Esta es triste. Entretén al pequeño; que no vea...